cia, del poder de nuestro Padre Dios para aprender a caminar y para perseverar en el camino. Ser pequeños exige abandonarse como se abandonan los niños, creer como creen los niños, pedir como piden los niños. Y todo eso lo aprendemos tratando a María" (ECP, 143). La hija predilecta de Dios es el prototipo de la vida de infancia.

*Voces relacionadas*: Abandono; Cosas pequeñas; Dios Padre; Filiación divina.

**Bibliografía:** C, 852-901 y *passim*; F, 345-354 y *passim*; AVP, I, pp. 404-422; CECH, pp. 913-928; SRECH, *passim*; Jesús Arellano, "Espíritu de abandono y vida de infancia espiritual", en José Morales (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 113-172; Marie François Berrouard, "Enfance Spirituelle", en DSp, IV, 1960, cols. 682-705; Santa Teresa de Lisieux, *Obras Completas*, Burgos, Monte Carmelo, 1996; Pierre Pourrat, "Enfance", en *Catholicisme*, IV, Paris, Letouzey et Ané, 1956, cols. 132-137; François Sainte-Marie - Charles Bernard, "Enfance Spirituelle", en DSp, IV, 1960, cols. 705-714.

Maria Helena GUERRA PRATAS

## INHABITACIÓN TRINITARIA

1. El hecho de la inhabitación de la Trinidad en el alma. 2. La inhabitación como identificación con Cristo en los sacramentos. 3. El papel del Espíritu Santo. 4. Consecuencias de la inhabitación.

La inhabitación de Dios en el alma en gracia es, sobre todo, una verdad de origen bíblico: ciertamente una expresión tan llena de significado sobrenatural no puede provenir de la simple reflexión teológica. La gracia santificante comporta fundamentalmente una identificación con Cristo por la que llegamos a ser hijos en el Hijo. Esta nueva generación que nos constituye en hijos de Dios no es una acción transeúnte divina, como lo es la generación humana, sino algo que permanece en nosotros, acción continua de Dios en el alma. San Josemaría, especialmente consciente de esta condición filial, tiende a verla siempre como algo especialmente íntimo en la relación de cada cristiano con Dios Padre, que crea una comunión de vida en la que se da un contacto inmensamente más íntimo que el que existe entre un padre y un hijo en la tierra, debido al hecho de que la paternidad divina empapa, por así decirlo, toda la vida del cristiano: "Todos los hombres son hijos de Dios. Pero un hijo puede reaccionar, frente a su padre, de muchas maneras. Hay que esforzarse por ser hijos que procuran darse cuenta de que el Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo, que seamos de su familia, que lo suyo sea nuestro y lo nuestro suyo, que tengamos esa familiaridad y confianza con Él que nos hace pedir, como el niño pequeño, ¡la luna!" (ECP, 64).

### 1. El hecho de la inhabitación de la Trinidad en el alma

Una de las formas más profundas y significativas que la Sagrada Escritura usa para referirse a esta intimidad divina es precisamente el concepto de inhabitación, obviamente no en cuanto objeto de especulación teológica o de búsqueda de una teoría que pueda iluminar racionalmente el hecho, sino en relación a la existencia misma del fenómeno, a su finalidad y a sus consecuencias. Desde esa misma perspectiva habla san Josemaría: "El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones" (ECP, 84).



Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En el Antiguo Testamento se concede gran importancia a la idea de Santidad de Dios (*qadosh*), pero este concepto, que es el que manifiesta con más profundidad la trascendencia de Dios sobre la creación y su mismo Ser trascendente, siempre se acompaña de la manifestación de un operar histórico que hace presente la Santidad en el mundo como Gloria (*kabod*). Obviamente esta acción divina en la historia no comporta un abajamiento de Dios, sino una elevación de la criatura al ámbito de la Santidad. El término *shekinah* manifiesta especialmente bien esta real presencia de la criatura en Dios, subrayando la realidad de la presencia y a la vez integrando la trascendencia, de forma que la divinidad no se "encarcela" en la creación. Dios "habita" con su Pueblo, es su compañero en la Historia. La *shekinah* –que indica morar o residir– es, por tanto, una presencia de salvación que manifiesta la continua protección divina y el diálogo incesante con el Pueblo: a través de sus signos más importantes (el Arca de la Alianza, la Tienda, el Templo) constituye, de hecho, el fundamento de la oración de invocación y de la respuesta divina. Más tarde el profetismo dará a la *shekinah* una tensión escatológica por la que la presencia histórica de la gloria es llamada a una plena comunión en la restauración definitiva al fin de los tiempos (cfr. Ez 36, 26-28).

La afirmación de esta continua y dialógica presencia de Dios en la historia se hace más personal con la acción del espíritu (*ruah*), fuerza operante y salvífica divina que obra a través de su presencia interior en la persona humana (cfr. Jl 3, 1-5; Hch 2, 17); sobre el Mesías, de hecho, reposará la *ruah* y por esto será la manifestación plena del obrar de Dios en la historia (cfr. Is 11, 1-9; 42, 1). El habitar de Dios en la historia hace referencia no tanto a realidades locativas, como el Templo; es fundamentalmente un habitar dentro del hombre.

En el Nuevo Testamento la *shekinah* es total en la verdad de la Encarnación y en la plenitud de la presencia del Espíritu en Jesús, el Ungido, como afirman frecuentemente las fórmulas trinitarias neotestamentarias. En Pentecostés, desde Cristo el Espíritu se difunde a los discípulos, como había sido ya anunciado en los textos del envío del Paráclito. Por el Espíritu la *shekinah* se realiza plenamente en el cristiano, en el sentido propio del término: "El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él" (Jn 14, 23; cfr. 1 Jn 2, 6.24.27.28). Este "habitar" en el discípulo tiene su origen en la comunión intratrinitaria en la que participa por el don del Espíritu: "Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn 17, 21).

San Pablo subraya el papel del Paráclito: "Conserva lo que se te ha confiado, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros" (2 Tm 1, 14), y evoca para esto, llevándola a plenitud, la imagen veterotestamentaria del Templo, lugar de la *shekinah*: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (1 Co 3, 16; cfr. 1 Co 6, 19). Gran parte de los pasajes en los que Pablo manifiesta la especial unión entre Cristo y el cristiano se entienden mejor desde la perspectiva de la inhabitación y divinización del hombre, y así son interpretados por una ininterrumpida tradición eclesiástica que se materializa en las Cart. Enc. *Divinum illud munus* (1897), de León XIII; *Mystici corporis* (1943), de Pío XII, y *Dominum et vivificantem (*1984), de Juan Pablo II. En este sentido se afirma que el hombre vive revestido de Cristo (cfr. Ga 3, 27), muere y es sepultado en Cristo (cfr. Rm 6, 4), resucita a una nueva vida (cfr. Ga 2, 20) que es la vida de hijos de Dios (cfr. Rm 8, 14-15).

Con esa rica tradición entronca san Josemaría, en cuyos escritos son abundantes las referencias a los textos bíblicos que hablan directamente del "tesoro incalculable de la inhabitación de la Trinidad



Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Santísima en el alma" (ECP, 78), a los que nos hemos referido en el parágrafo anterior. Habla por lo demás, como otros santos y místicos, no de forma meramente expositiva, sino desde su propia experiencia: "Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su Costado, se cumplirá la promesa del Maestro: *cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* (Jn 14, 23). El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criaturica que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!" (AD, 306).

Como ocurre de ordinario en su doctrina, los comentarios sobre la condición del ser del hombre elevado por la gracia tienen presente la integridad del ser personal, unidad sustancial de alma y cuerpo. Y así, comentando la virtud de la castidad, san Josemaría no vacila, remitiendo a san Pablo, en hablar de la corporeidad como sujeto propio de la inhabitación: "*¿No sabíais que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis?* (1 Co 6, 19) . ¡Cuántas veces, ante la imagen de la Virgen Santa, de la Madre del Amor Hermoso, responderéis con una afirmación gozosa a la pregunta del Apóstol!: Sí, lo sabemos y queremos vivirlo con tu ayuda poderosa, oh Virgen Madre de Dios. La oración contemplativa surgirá en vosotros cada vez que meditéis en esta realidad impresionante: algo tan material como mi cuerpo ha sido elegido por el Espíritu Santo para establecer su morada…, ya no me pertenezco…, mi cuerpo y mi alma mi ser entero son de Dios… Y esta oración será rica en resultados prácticos, derivados de la gran consecuencia que el mismo Apóstol propone: *glorificad a Dios en vuestro cuerpo* (1 Co 6, 20)" (CONV, 121).

## 2. La inhabitación como identificación con Cristo en los sacramentos

Desde el punto de vista teológico, la doctrina sobre la gracia remite a la real participación de cada cristiano en la vida de Cristo. La redención no acaba con los actos con los que el Verbo Encarnado causa nuestra salvación y envía el Espíritu, sino en la plena incorporación a Él a través de la fe y los sacramentos en la hora presente, y, de forma definitiva, en la gloria. Esta incorporación a Cristo es la realización acabada de la vocación original del hombre a la comunión eterna con la Trinidad, que se realiza concretamente a través de la vida teologal y los sacramentos: "Si sabemos contemplar el misterio de Cristo, –escribe san Josemaría– si nos esforzamos en verlo con los ojos limpios, nos daremos cuenta de que es posible también ahora acercarnos íntimamente a Jesús, en cuerpo y alma. Cristo nos ha marcado claramente el camino: por el Pan y por la Palabra, alimentándonos con la Eucaristía y conociendo y cumpliendo lo que vino a enseñarnos, a la vez que conversamos con Él en la oración. *Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* (Jn 6, 57). *Quien conoce mis mandamientos y los cumple, ése es quien me ama. Y el que me ame será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él* (Jn 14, 21)" (ECP, 118; en relación al Bautismo, cfr. ECP, 78; a la Penitencia, cfr. ECP, 64).

En esa misma línea, y siempre buscando el fundamento sacramental de la inhabitación, es especialmente significativo el texto de la homilía sobre la Eucaristía, del Jueves Santo de 1960, previamente citada, en el que el flujo de amor trinitario, manifestado protológicamente en la creación a imagen y semejanza, se pone en relación con la institución del sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo: "La alegría



Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

del Jueves Santo arranca de ahí: de comprender que el Creador se ha desbordado en cariño por sus criaturas. Nuestro Señor Jesucristo, como si aún no fueran suficientes todas las otras pruebas de su misericordia, instituye la Eucaristía para que podamos tenerle siempre cerca y –en lo que nos es posible entender– porque, movido por su Amor, quien no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros. La Trinidad se ha enamorado del hombre, elevado al orden de la gracia y hecho *a su imagen y semejanza*; lo ha redimido del pecado –del pecado de Adán que sobre toda su descendencia recayó, y de los pecados personales de cada uno– y desea vivamente morar en el alma nuestra: *el que me ama observará mi doctrina y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión dentro de él* (Jn 14, 23)" (ECP, 84).

No es posible encerrar en una fórmula teológica la realidad de la recíproca presencia del cristiano en Cristo y de Cristo en el cristiano, y no hace al caso referirnos ahora a las diversas teorías teológicas que han intentado conceptualizar en lo posible este misterio. Está claro, en cualquier caso –como los textos citados ponen de relieve–, que su fundamento no es otro que la misión visible de la Segunda Persona y, en concreto, la continuación en la historia de esta misión en la Iglesia a través de la economía sacramental: el Cristo glorioso a la diestra de Dios Padre está presente a la vez en la historia, y nos incorpora a Sí en comunión dialógica a través de los siete sacramentos. Recibiéndolos, la persona humana acoge una presencia dinámica de Cristo, que tiene su expresión máxima en el signo eficaz de la Eucaristía.

### 3. El papel del Espíritu Santo

San Josemaría recuerda que la clave de la inhabitación está en el Amor, y por lo tanto en la conexión misteriosa y necesaria de la misión de la Segunda Persona con la de la Tercera; ambas, no confundidas y a la vez indisolublemente unidas, son la causa de la presencia dinámica de las Personas en el alma: "Se ha ido –escribe en la festividad de la Ascensión– y nos envía al Espíritu Santo, que rige y santifica nuestra alma. Al actuar el Paráclito en nosotros, confirma lo que Cristo nos anunciaba: que somos hijos de Dios; que no hemos recibido *el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre!* (Rm 8, 15) ¿Veis? Es la actuación trinitaria en nuestras almas. Todo cristiano tiene acceso a esa inhabitación de Dios en lo más íntimo de su ser, si corresponde a la gracia que nos lleva a unirnos con Cristo en el Pan y en la Palabra, en la Sagrada Hostia y en la oración" (ECP, 118). La presencia de Dios en el alma no es sólo intencional (como podría ser la mera presencia de lo conocido en quien conoce), sino de verdadera morada común; es el don del Espíritu lo que nos hace connaturales, poniendo realmente en comunión (como el amado en al amante), a la persona creada con las Personas divinas.

Santo Tomás de Aquino, al que hemos seguido en las afirmaciones que preceden (cfr. S.Th., I q. 43, a. 3) recuerda también que una Persona divina puede estar presente *ad extra* de la Trinidad sólo en relación a su procesión eterna, única causa posible de distinción personal y del mismo ser Persona en la Trinidad. Por eso Cristo está presente en el cristiano en cuanto que lo está como enviado por el Padre, en comunión con el Espíritu Santo. Con un lenguaje diverso, san Josemaría nos orienta en la misma dirección. La Tercera Persona, "lazo de amor entre el Padre y el Hijo" (ECP, 169), es el don increado que recibe la persona humana elevada por la gracia, de modo que el Amor del Padre y del Hijo es nexo *ad intra* y *ad extra*; de esta forma la donación gratuita de Dios mismo al hombre tiene el carácter propio de la comunión personal. "Podemos, por tanto, tomar como dirigida a nosotros la pregunta que formula el Apóstol: ¿no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo



Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mora en vosotros? (1 Co 3, 16), y recibirla como una invitación a un trato más personal y directo con Dios. Por desgracia el Paráclito es, para algunos cristianos, el Gran Desconocido: un nombre que se pronuncia, pero que no es Alguno –una de las tres Personas del único Dios–, con quien se habla y de quien se vive" (ECP, 134; cfr. C, 57).

El Espíritu Santo se hace presente en la persona humana y el amor la hace participar de esa vida que posee en común con las otras dos Personas. Es así como el hombre llega a ser verdaderamente partícipe de la naturaleza divina (cfr. 2 P 1, 4) o, con expresión que gustaba usar san Josemaría, se *endiosa*. "Endiosamiento" tiene normalmente un significado operativo, y no tanto entitativo: hace más referencia a la dimensión dinámica que estática de la gracia y manifiesta especialmente la perfecta correlación entre gracia y libertad, en una unidad difícil de conceptualizar para la teología, pero profundamente vital. El siguiente texto es un buen ejemplo: "La piedad que nace de la filiación divina es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos. ¿No habíais observado que, en las familias, los hijos, aun sin darse cuenta, imitan a sus padres: repiten sus gestos, sus costumbres, coinciden en tantos modos de comportarse? Pues lo mismo sucede en la conducta del buen hijo de Dios: se alcanza también –sin que se sepa cómo, ni por qué camino– ese endiosamiento maravilloso, que nos ayuda a enfocar los acontecimientos con el relieve sobrenatural de la fe; se ama a todos los hombres como nuestro Padre del Cielo los ama y –esto es lo que más cuenta– se obtiene un brío nuevo en nuestro esfuerzo cotidiano por acercarnos al Señor. No importan las miserias, insisto, porque ahí están los brazos amorosos de Nuestro Padre Dios para levantarnos" (AD, 146; cfr. C, 283).

La presencia de la Trinidad en el alma no es solamente una expresión adecuada de la participación en el conocimiento y en el amor intratrinitarios, que se recibe por el don del Espíritu. Requiere, como condición de la misma presencia de la Tercera Persona, la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad divina: de hecho, con el pecado, el hombre tiene el poder terrible de hacer imposible la presencia del Espíritu y, por tanto, de cancelar la inhabitación, lo que acontece en grado sumo en la soberbia. "Ese es el pecado capital que conduce al *endiosamiento malo*. La soberbia lleva a seguir, quizá en las cuestiones más menudas, la insinuación que Satanás presentó a nuestro primeros padres: *se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal* (Gn 3, 5)" (AD, 99; cfr. AD, 104; ECP 160). Desde esta perspectiva se entiende a fondo la necesidad de "vivir según el Espíritu" para poder recibir el Verbo y el Amor. La dimensión dinámica de este vivir se manifiesta en las virtudes teologales, a través de las cuales se realiza de hecho la identificación con las Personas divinas, conociendo como Dios conoce y amando como Dios ama. "Vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida" (ECP, 134).

Virtudes teologales que, obviamente, iluminan desde Dios todas las realidades creadas. Por lo demás, la vida teologal producida por el Espíritu Santo como manifestación operativa de la inhabitación orienta (y no podría ser de otro modo, dada la naturaleza personal del Paráclito) hacia Cristo. Vivir según el Espíritu Santo es reproducir cada vez mejor la vida de Cristo en nosotros: "Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (Ga 2, 20). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas. El avance es pro-



Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

greso en santidad; el retroceso es negarse al desarrollo normal de la vida cristiana. Porque el fuego del amor de Dios necesita ser alimentado, crecer cada día, arraigándose en el alma; y el fuego se mantiene vivo quemando cosas nuevas. Por eso, si no se hace más grande, va camino de extinguirse" (ECP, 58). Más adelante, en el mismo punto, insiste de nuevo, subrayando las consecuencias prácticas de esta doctrina en la vida del cristiano: "¿Avanzo en mi fidelidad a Cristo?, ¿en deseos de santidad?, ¿en generosidad apostólica en mi vida diaria, en mi trabajo ordinario entre mis compañeros de profesión? Cada uno, sin ruido de palabras, que conteste a esas preguntas, y verá cómo es necesaria una nueva transformación, para que Cristo viva en nosotros, para que su imagen se refleje limpiamente en nuestra conducta" (ECP, 58).

### 4. Consecuencias de la inhabitación

La afirmación hecha por san Pablo en la Carta a los Gálatas, "Cristo vive en mí" (Ga 2, 20), dimensión cristológica de la inhabitación, tiene implicaciones tanto místicas como morales, también en relación con la vida ordinaria. Así lo proclaman algunos de los textos ya citados, y lo confirma este otro, especialmente rico en referencias bíblicas: "¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!" (ECP, 183).

La idea es central en la espiritualidad de san Josemaría. Resulta significativo que el colocar a Cristo en la cumbre de todas las tareas de los hombres sea puesto en relación con el amor de Dios albergado en el corazón. Hay una clara referencia a una especial conciencia de la inhabitación, que se reafirma cuando, pocas líneas más adelante, se insiste de forma explícita en el hecho de que aceptar que Cristo habite en el corazón del cristiano comporta dar a todos los actos un valor de salvación: "El cristiano vive en el mundo con pleno derecho, por ser hombre. Si acepta que en su corazón habite Cristo, que reine Cristo, en todo su quehacer humano se encontrará –bien fuerte– la eficacia salvadora del Señor. No importa que esa ocupación sea, como suele decirse, alta o baja; porque una cumbre humana puede ser, a los ojos de Dios, una bajeza; y lo que llamamos bajo o modesto puede ser una cima cristiana, de santidad y de servicio" (ECP, 183).

Todo lo cual confirma que el concepto de "endiosamiento", que presupone un contexto teologal, es fundamentalmente dinámico: corresponde a la llamada que el ser en Cristo comporta y requiere una respuesta constante. "*Cristo vive en el cristiano*. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado*. Somos hombres y mujeres, no ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías. Pero la divinización redunda en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa. *Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha venido a ser como las primicias de los difuntos; porque así como por un hombre vino la muerte, por un hombre debe venir la resurrección de los muertos. Que así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados* (1 Co 15, 20-22). La vida de Cristo es vida nuestra, según lo que prometiera a sus Apóstoles el día de la Última Cena: *Cualquiera que me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* (Jn 14, 23). El cristiano debe –por tanto– vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los senti-



Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, *non vivo ego, vivit vero in me Christus* (Ga 2, 20), no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí" (ECP, 103).

*Voces relacionadas*: Contemplativos en medio del mundo; Espíritu Santo; Gracia; Identificación con Cristo; Presencia de Dios; Trinidad Santísima.

**Bibliografía:** AD, 94-109, 142-153, 294-316; CONV, 113-123; ECP, 83-94, 102-116, 127-138; Antonio Aranda Lomeña, *"El bullir de la sangre de Cristo". Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; Jean Daniélou, *La Trinité et le mystère de l'existence*, Bruges, Desclée de Brouwer, 1968; José María Galván Casas, *Elementi di Antropologia Teologica*, Roma, Edizioni Università della Santa Croce, 2002; Jean Hervé Nicolas, *Synthèse dogmatique. De la Trinité à la Trinité*, Fribourg, Éditions Universitaires de Fribourg, 1985; Gérard Philips, *L'union personelle avec le Dieu vivant. Essai sur l'origine et le sens de la grâce créée*, Leuven, Leuven University Press, 1989.

José María GALVÁN

## INICIACIÓN CRISTIANA DE SAN JOSEMARÍA

1. Nacimiento, Bautismo, Confirmación. 2. Ofrecimiento a la Virgen e inicio del parvulario. 3. En el colegio de los Escolapios; su primera Confesión. 4. La primera Comunión. 5. Algunas devociones adquiridas durante la infancia. 6. "El Señor me ha llevado de la mano".

La infancia de san Josemaría se desarrolló entre dos poblaciones: Barbastro (7.002 habitantes en 1900 y 7.104 en 1910) y Fonz (2.006 habitantes en 1900 y 2.338 en 1910). En ambas existía una sociedad mayoritariamente cristiana, en la que se daban manifestaciones públicas de la fe. Allí recibió san Josemaría los primeros sacramentos y se inició su vida de cristiano. La primera población era sede episcopal; Fonz, la segunda, perteneció al obispado de Lérida hasta el año 1955.

### 1. Nacimiento, Bautismo, Confirmación

San Josemaría nació en Barbastro el 9 de enero de 1902, en el hogar de sus padres, en la calle Argensola, 26. Fue bautizado el 13 de enero en la parroquia de la Asunción, aneja a la catedral y hoy desaparecida. Fue ministro del Bautismo, don Ángel Malo; padrino, su tío Mariano Albás; y madrina, su tía Florencia Albás. Se le impusieron los nombres de José, María, Julián y Mariano; por devoción a la Sagrada Familia, firmó durante casi toda su vida con el nombre de Josemaría. Se conserva la pila bautismal en Roma: despedazada durante la Guerra Civil y arrojada posteriormente al cauce del río Vero, fue recuperada en 1957 y regalada por el Cabildo de la Catedral de Barbastro al fundador del Opus Dei (cfr. AVP, I, p. 15).

Josemaría fue confirmado el 23 de abril de 1902 por el obispo administrador apostólico de Barbastro, Juan Antonio Ruano Martín. Actuaron como padrinos Ignacio Camps Valdovinos, para los niños, y Juliana Erruz Otto, para las niñas. Era habitual en España y en otros países católicos que se recibiera la Confirmación en fecha próxima al Bautismo. En la diócesis de Barbastro –como en tantas otras– se recibía la Confirmación durante la visita pastoral del obispo.

### 2. Ofrecimiento a la Virgen e inicio del parvulario

Muchos niños fallecieron en la epidemia que azotó a Barbastro en el otoño de 1904. Josemaría también enfermó, pero se curó de forma inesperada. Sus padres lo atribuyeron a la intercesión de la Virgen de Torreciudad. Unos meses después, quizá en la primavera de 1905, fue ofrecido a la Virgen en su ermita.

El 15 de agosto de 1905 nació su hermana María Asunción, bautizada dos días



Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

## Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.